

## CAMINO DE FE

Hna. Arantxa Jaca

En los medios de comunicación no hemos escuchado, leído o visto grandes o especiales titulares recogiendo un acontecimiento y un aniversario que, hace poco más de un mes, hemos comenzado en la Iglesia, pero que también lo es, por suerte, para toda la humanidad: los 50 años del inicio del Concilio Vaticano II. Un Concilio cuyo objetivo era reflexionar cómo ser Iglesia, cómo hacerse presente, cómo ser mensajeros del Evangelio en cada momento de la historia. Un deseo de renovación. Para ello, era importante ver todo lo que se había recorrido, lo que se había caminado hasta entonces y preguntarse cómo seguir adelante con ilusión, con esperanza, actualizando el mensaje de Vida del Evangelio al mundo. Y, ello, porque el fundamento de todo es Dios Amor, Dios que ama con pasión y con compasión a toda la Creación, y cuyo “rostro” y actuar concreto es Jesús.

Así que, podríamos decir que aquello suponía una llamada a volver a descubrir lo fundamental del cristiano, de la Iglesia, eso que lo recogemos en la expresión “fe cristiana” y actualizarlo en las formas de expresión, a los nuevos tiempos que van surgiendo. Momento importante porque es recordarnos que hay algo fundamental, central, raíz, que no va a cambiar nunca, pero que la manera de mostrarlo, expresarlo, compartirlo sí que puede cambiar con los tiempos. Porque, realmente, los tiempos cambian, las realidades también, y lo sabemos por experiencia en nuestra propia vida. No es lo mismo ser niño o adolescente o joven o en edad madura o jubilado o situarse al final de la vida. Es verdad que siempre seremos personas humanas, seremos hijos e hijas de Dios, pero en circunstancias cambiantes. ¡Hasta al mismo Jesús le sucedía!: “Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres” (Lc 2,52).

50 años después de aquel gran mensaje de la Iglesia, hoy, nuevamente nos lo recuerda, y, además, en un momento tan delicado en la humanidad, en la que se acentúa la crisis en todos los ámbitos, y puede sentirse sin horizonte, sin sentido, en una especie de desierto, con grandes dificultades de distinguir entre lo importante y lo fundamental: “Redescubrir el camino de la fe para iluminar de manera cada vez más clara la alegría y el entusiasmo renovado del encuentro con Cristo” (Benedicto XVI).

Para ello, dentro de esa conmemoración o aniversario, se nos ha propuesto la celebración del Año de la fe. Una fe cuyo inicio, cuya puerta de entrada se sitúa en el bautismo, comenzando así un camino que dura toda la vida y que no acaba con la muerte sino que se transforma. Por eso, sería importante que en este Año más especial, echáramos un vistazo a nuestra fe y, sin miedo y con confianza, nos pudiéramos decir a nosotros mismos, a o en nuestra comunidad cristiana, dónde o cómo nos situamos en el tema de la fe.

Cierto que no es fácil decir qué es la fe porque no es cuestión de fórmulas, palabras o frases hechas, sino que pertenece al ámbito de la experiencia, de lo profundo de la persona pero que tiene que ver con Dios, con una especie de encuentro, de “amistad” que se puede dar con Dios. Y no olvidamos que Dios siempre será un misterio al que podremos acercarnos sólo de puntillas o de espaldas, como les ha sucedido a otros hombres y mujeres de fe a lo largo de la historia; y, también, tal y como nos lo cuenta la Biblia en sus muchas y preciosas páginas. Pero, aun y todo, sentimos que merece la pena porque la fe, esa vivencia o experiencia de encuentro con Dios, con el Dios de Jesús, resulta fuente de gozo, sentido, confianza, esperanza, gratuidad, agradecimiento, liberación, nueva luz, salvación y sanación, humanidad, compañía... para cada día.

Y hay otros dos aspectos importantes en el tema de la fe. El primero de ellos, es que la fe no es fruto de nuestro esfuerzo. La “semilla” inicial se nos ha sido regalada. Por lo tanto, no es mérito nuestro. Lo que sí está en nuestras manos es cuidarla, alimentarla, fortalecerla, hacerla fructificar... Pero, como todo regalo, puede quedarse escondido en un cajón o puede ser aprovechado; la decisión está en nuestras manos. Y el segundo aspecto importante es que la fe cristiana, nuestra fe, está unida con creer. Un credo concreto es el que da sentido a esa fe, a esa experiencia profunda. Y en nuestro caso: Creo en el Dios de Jesús. Un Dios que ES desde el inicio de toda vida, pero que, en un momento concreto de la historia, decide hacerse como nosotros, es decir, nace o se hace vida humana, persona de carne y hueso, en Jesús para que “comprendamos” un poco más su manera de ser. Cuestión de amor; de otra manera no se puede entender. Precisamente, el Adviento, como inicio del Año Litúrgico, quiere ayudar a prepararnos hacia el recorrido que nos lleva a lo fundamental, al origen de nuestra fe: la Muerte y Resurrección de Jesús, pero comenzado ya en su Natividad. Por ello, vuelvo a decir, buen y bonito momento para una especial reflexión y redescubrimiento de la fe, ayudada de alguna pregunta sencilla: ¿Cuál ha sido el recorrido de mi fe y dónde me encuentro? ¿Puedo decir que la fe da sentido a mi vida? ¿En quién, en qué, cómo creo?

